

1  
En un lugar de África, año 1981

Cada día, Samir acudía al vertedero de la ciudad para buscar algún objeto que pudiese vender en el mercadillo de los sábados, donde disponía de un minúsculo puesto en el que mostraba los objetos que había encontrado.

Como siempre, aquel día se levantó temprano, las tripas le rugían ya que la noche anterior no había cenado y tampoco desayunaría pues los “duendes de la noche” no se habían acordado de llenarle la despensa, y por tanto seguía vacía. Cogió su mochila, la muleta, una mascarilla mugrienta y salió a la calle, su lugar de trabajo; no utilizó la velocidad del rayo, no porque no quisiera sino porque no podía: una mina lo había dejado lisiado.

Cuando llegó al vertedero, estaban descargando el camión que había recogido la basura de la noche. Él no era el único, sus compañeros ya estaban esperando a que el vehículo se fuese para empezar a separar los desperdicios orgánicos de los inorgánicos, y dentro de estos ver si había algo que se pudiera aprovechar. Estaban bien organizados y cada uno disponía de su espacio. Habían llegado a un acuerdo después de numerosas peleas.

—¡Samir, mira! ¡He encontrado una radio! —le gritaba Mohamed desde el extremo opuesto del basurero.

—¡Y yo una muñeca rota! —exclamaba Amina.

—¡Mirad, mirad! Alguien ha tirado un balón —vociferaba Jafira.

Estaba claro, aquel no era su día. Por mucho que rebuscara en aquel maloliente montón de desperdicios, no encontraba nada que le permitiese ganarse unas rupias para poder desayunar. Cansado, cogió su macuto y se dispuso a salir de aquel apestoso lugar. De repente, vio una bolsa entreabierta, y de ella

asomaban unos palitos que intentó sacar con el bastón; viendo que no lo lograba, se agachó como pudo y del plástico fueron surgiendo unas articuladas figuritas de madera.

Eran tres marionetas. Recordó que había visto unas semejantes mientras observaba por la ventana al pintor que vivía cerca de la mezquita. Le fascinaba contemplar cómo deslizaba el pincel por el lienzo, así como el lugar donde lo hacía: un patio ajardinado, repleto de jazmines que al anochecer perfumaban el entorno, palmeras datileras y en un rincón una pequeña huerta que abastecía la cocina. Estaba iluminado con sutiles lucecitas, procedentes de múltiples farolillos que pendían de las paredes. Aquél era su lugar favorito, al que acudía cuando se encontraba triste. En algunas ocasiones había visto en el jardín a una mujer y dos niños, y su imaginación los asoció al pintor, constituyendo la familia perfecta.

Muchas veces se había preguntado por qué razón él no podía tener unos padres que le quisieran y le proporcionasen el sustento sin tener que buscarlo entre la basura.

Sintió un golpecito en la espalda, era Mohamed.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó su amigo.

—Unas marionetas —contestó Samir—. Voy al mercado a venderlas.

—Te acompaño; yo también quiero ir.

Los dos niños partieron hacía el mercadillo, situado en el centro de la ciudad. Cuando llegaron, cada uno extendió una mantita en el suelo, delimitando el espacio que les correspondía. Samir fue colocando cuidadosamente sobre ella los objetos para su venta, hasta que, finalmente, en un lugar preferente, colocó las marionetas.

—¡Barato, barato! —gritaba.

Algunos clientes habituales se paraban y compraban los tornillos y clavos que normalmente vendía. Ésa era su especialidad.

—¿Cuánto cuestan esas marionetas? —preguntó Ramsés.

El niño se quedó pensando unos instantes y luego contestó:

—Tres rupias, para ti.

—¡Muy bien! Me parece un buen precio.

Samir comenzó a dudar si venderlas o quizás devolverlas a su probable dueño, el pintor. Supuso que por algún error llegaron a la basura.

—¡No...! ¡No las vendo! —cambió de opinión.

—¡Maldito cojo! —contestó Ramsés.

Cuando fue la hora de comer, recogió la manta, envolviendo con ella todos los objetos, contó las monedas que había sacado y viendo que disponía de suficiente dinero fue al puesto de las comidas y pidió un plato de arroz y un vaso de leche. Agarró los dos recipientes y se sentó en un banco de piedra. Al terminar la comida, se tumbó al sol. Era un día espléndido y el calorcito, junto con el efecto de la digestión, le sumió en un agradable sopor que hizo que pronto cayese en un profundo sueño.

Se despertó temblando. Había anochecido y las lámparas de la ciudad iluminaban ya las calles. Recogió sus enseres y se fue hacia su cueva. Por el camino pensaba:

—Mañana iré a casa del pintor. Le preguntaré si las figuritas son de él, y si me dice que no, se las venderé a Ramsés ¡Aunque me haya insultado!

Al día siguiente sí pudo desayunar, pues lo que había sacado del mercadillo le permitió comprar leche y unos bollos, sus tripas ya no rugían y salió en dirección a la mezquita. Después de orar se acercaría a entregar las figuritas.

Golpeó la puerta dos veces, se encontraba muy nervioso. Por primera vez contemplaría el patio desde otro lugar que no fuese la ventana y seguramente le invitarían a pasar en agradecimiento por la devolución de las marionetas.

—¿Qué quieres? —le preguntó la sirvienta que abrió la puerta.

—Vengo a devolverle al señor unas figuritas que me he encontrado.

—¡Ah...! Dámelas, que yo se las entregaré —y con un gesto brusco se las arrancó de la mano. Se disponía a irse cuando desde el fondo de una estancia contigua, se oyó una voz que decía:

—¿Quién es, Jáfira?

—Un niño de la calle —contestó la criada.

—¿Y qué quiere?

—Dice que trae no se qué figuritas.

En ese momento el niño, viendo que en cualquier momento le cerrarían la puerta en sus narices, gritó:

—¡Señor! Vengo a devolverle unas marionetas que ha perdido y que seguramente le serán muy útiles para su trabajo —de una de las estancias salió Alí, el pintor, que preguntó sorprendido:

—¿Qué dices qué he extraviado? —Samir le mostro las marionetas. Explicó que las había encontrado en el vertedero y que, cuando estuvo a punto de venderlas, pensó que seguramente él sería su dueño. El pintor las examinó y le dijo que no le pertenecían pero le agradecía aquel gesto. Le hizo pasar y le ofreció té.

Tomó el té y unas pastas, se despidió de forma reverente, y salió a la calle. Cuando notó que la puerta se cerró a sus espaldas tiró la muleta al aire y con su único pie saltó de alegría. ¡Por fin había traspasado la barrera del sueño a la realidad, y todo le parecía fantástico!

El resto del día lo pasó pensando en el pintor, y lo maravilloso que sería ser su hijo.

Transcurrida una semana se acercó nuevamente a saludarles y le volvieron a invitar, esta vez a comer. Sentado alrededor de la mesa, Samir se abstraigo completamente y por unos mágicos momentos se olvidó de que él era un simple invitado. Un extranjero que visita un país que no es el suyo. El cachorro que no pertenece a la camada. No habló, no se atrevió a articular una sola palabra, para no correr el riesgo de que su voz rompiese el encanto de aquellos instantes. Solo quería oír, sentir, oler, impregnar sus sentidos del aroma del cuscús, del aceite, del té, de las pastas de miel, de la conversación de los niños, de la de los padres, de sus planes, del colegio, de que en el jardín había que podar algún árbol, de que Jafira, la sirvienta, últimamente estaba de mal humor por la mala relación con su hijo... Lo normal en un día en la familia de Alí. Era un deseo que estaba ausente en la vida de Samir.

Después de aquélla, siguieron otras visitas. Pero una tarde, mientras jugaba con el niño, oyó que la señora le preguntaba a su esposo:

—¿Y si resulta que después de todo no es compatible?

Samir sintió que todo su cuerpo se paralizaba. Sabía perfectamente lo que significaba la palabra compatible. Algunos de sus amigos habían desaparecido siendo una palabra tabú entre el grupo de vagabundos. Con la excusa de que tenía que ir a ver a un amigo, se fue. No tardó en llegar a su cueva, se tumbó en su camastro y comenzó a llorar.

Tenía miedo de salir a la calle. Sus compañeros iban a visitarle y le llevaban comida. Al preguntarle qué le sucedía, y por

qué no iba al vertedero justo en la estación del año en la que más objetos se podían encontrar por la afluencia de visitantes, él no les respondía. Mohamed intuía que algo le pasaba, pues Samir era muy alegre, a pesar de su desgracia. En una de sus visitas a la cueva, éste logró sonsacarle la causa por la que no quería salir.

Pasaron las semanas y una mañana soleada abrió su ventana y, al contemplar la luz que descubría la ciudad, pensó que aquella vida recluso en la cueva era muy triste. Necesitaba salir, contemplar el sol, sentir la lluvia, estar con sus amigos, ir al mercadillo y hasta echaba de menos el vertedero. Se vistió, cogió su mochila, la mascarilla mugrienta y se encaminó a su trabajo. Sus amigos al verle le saludaron con un fuerte abrazo y Mohamed le cedió su lugar en el basurero.

—¡Mira, mira! ¡He encontrado unos zapatos! —le gritó Amina.

—¡Y yo un pantalón! —vociferaba Bashira.

—¡Ah... Samir!, durante el tiempo que has faltado ha venido un señor preguntando por ti.

El niño, al oír esto, cayó al suelo desvanecido. La superficie almohadillada de las basuras impidió que se golpearase la cabeza. Los compañeros acudieron a socorrerle.

—¡Samir, Samir...! —le gritaba Mohamed, cogiéndolo de los hombros y zarandeándolo.

Comoquiera que el niño no despertara, decidieron preparar con plásticos y bastones, que encontraron entre los desperdicios, una especie de camilla para transportarle al hospital más cercano.

Los pasillos se encontraban bloqueados por heridos; solos o acompañados de sus familiares, que lloraban y gritaban desesperados. Los médicos, nerviosos, iban de un lugar a otro, intentando socorrer al mayor número de pacientes.

—¡Ha sido un atentado! ¡Un coche bomba en el mercado! —gritaba un policía que, cubierto de sangre, los bajaba de una improvisada ambulancia.

Era una situación espantosa. El niño despertó y al verse en semejante lugar quiso bajarse de la camilla, los demás le sujetaron y él, horrorizado, les comentó que aquel lugar no lo iba a mejorar.

La puerta de Urgencias se encontraba obstruida por la gente que iba llegando al enterarse de la tragedia. Samir y sus amigos intentaron, forcejeando, atravesar la entrada, y justo cuando ya se encontraban prácticamente en la calle vieron a la mujer del pintor que, con el gesto descompuesto, preguntaba al policía por Alí, su esposo. El muchacho giró la cara al pasar por su lado, pero le cogió del brazo al reconocerlo.

—¡Samir! ¿Has visto a mi marido?

Él respondió:

—¡No! Hace unos meses que no lo veo.

—Fue a buscarte al mercado, como todas las mañanas.

—¿Para qué?

—¡Quería saber porque has dejado de visitarnos!

—¡Pues..., porque si lo hacía peligraba mi vida!

—¿Cómo?

—¡Está claro, no quería que me quitaran ningún órgano!

—¡No entiendo nada! ¿A qué te refieres?

—Les oí hablar de compatible, y eso quiere decir que me quieren quitar algo de mi cuerpo para dárselo a otro, seguramente a su hijo.

—¡Por Alí! ¿Cómo se te ha ocurrido semejante idea? Cuando mi esposo y yo comentamos eso nos referíamos a mi hermana, la que vive en España, está enferma del corazón y le han propuesto realizarle un trasplante.

Una sensación de frialdad recorrió el cuerpo del muchacho y, avergonzado, dijo que la acompañaría a buscar a su marido por el Hospital. Asustados por lo que estaban viendo, recorrieron el pasillo que conducía a la Sala de Urgencias. La mayoría de los heridos se encontraban en el suelo, sólo unos pocos reposaban en camillas porque habían sido trasladados desde el lugar del siniestro en ambulancias. Hombres, mujeres e incluso niños habían sido alcanzados por la explosión. Las heridas eran de todo tipo: a unos les había alcanzado la metralla en la cabeza, y la sangre les cubría el rostro, en otros el abdomen abierto dejaba entrever alguna víscera, pero lo que resultó más impactante para Samir fue ver a un niño con la pierna amputada, lo mismo que le había ocurrido a él cuando un día, buscando clavos para su venta, pisó una mina y se la destrozó.

Intentaron adentrarse en la sala donde se atendía a los enfermos, pero un vigilante les impidió la entrada.

—¿Dónde van? No se puede pasar.

La mujer rogó que le dejase entrar. Su marido, que se encontraba en el mercado cuando ocurrió el atentado, podía estar herido.

—Vaya usted al puesto de recepción. Compruebe si su nombre figura entre los afectados.

Cuando se disponía a marcharse, oyó una voz que desde la sala de urgencias gritaba su nombre.

—¡Fátima, Fátima...!

Se volvió y, al fondo, tapado hasta la cintura con una sábana manchada de sangre, estaba Alí. Empujó al guardia y corrió hacia su esposo, abrazándolo.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—¡Mal! ¡Muy mal!, ¡estoy herido de muerte! La metralla ha perforado mi vientre y el lado izquierdo de mi rostro —repuso y, dándose la vuelta mostró el otro lado de su cara. La cuenca de su ojo estaba vacía y el pómulo, junto con el labio superior, formaba un colgajo que dejaba entrever el malar y los dientes.

La mujer, aterrorizada, gritó:

—¡Qué te han hecho!

El policía se acercó y le dijo:

—Señora, no grite, que asustará al resto de los heridos, si quiere permanecer aquí, procure guardar silencio.

Samir, que había seguido a Fátima, buscó con la mirada a alguien con bata blanca, y se acercó a un médico que en ese momento estaba atendiendo a un niño con dificultades respiratorias, pues su lesión estaba localizada en la boca, la nariz y el cuello.

—¡Doctor, doctor! Por favor, atienda a mi señor.

—¿Qué hace aquí este chico? ¡Guardia, sáquelo fuera! Y continuó intubando al pequeño.

El vigilante lo arrastró hacia la calle y ordenó:

—¡No vuelvas a entrar!

Sus amigos se acercaron, y Mohamed le preguntó:

—¿Dónde te habías metido?

—¿Sabéis que Alí, el pintor, se encontraba en el mercado cuando estalló la bomba? Estaba buscándome, y ahora está herido de muerte.

—¡Mejor! Así ya no te hará daño.

—Su mujer me ha dicho que no se refería a mí cuando hablaba de compatible sino a su hermana; le van a poner un corazón de otra persona.

—¿Qué dices? ¿Y cómo van hacer eso?

—¡Sí, en España hay un médico que sabe hacer trasplantes, le enseñó en Sudáfrica un tal doctor Barnard! —todos los niños se echaron a reír.

—¡Claro, a este paso te ponen a ti una pierna nueva! —exclamó con sorna Mohamed. Samir, enfadado les contestó:

—¡Sois unos ignorantes!

Se alejó de ellos, volviendo nuevamente a los pasillos del hospital para esperar a la señora. Se sentó cerca de la entrada de urgencias, y cada vez que se abría la puerta miraba con nerviosismo a la persona que salía. Se sentía responsable de lo que le había pasado al pintor. En ese momento, no pudo hacer otra cosa que rezar.

Pasaron varias horas y al final vio salir a Fátima. Se levantó y corrió hacia ella.

—¿Está mejor el señor?

Miró al niño y con lágrimas en los ojos respondió:

—¡Mi señor, mi esposo, mi amor, ha muerto! —y dicho esto se desplomó. Samir, la arrastró al rincón, en donde había permanecido durante la espera, y fue a buscar agua para refrescarla y limpiar de lágrimas su rostro. Cuando regresó, la mujer todavía permanecía inconsciente; él llenó el cuenco de su mano y le mojó la cara. Al sentir el frescor, ella abrió los ojos.

—¿Qué tal se encuentra, señora?

—¡Mal, muy mal! ¡Un espíritu maligno se ha introducido en mi cuerpo y lo ha vaciado! —contestó con voz apagada. Se incorporó y como si estuviese recibiendo ordenes de un ser superior, dijo:

—Tengo que recoger el cuerpo de mi esposo, llevarlo a mi casa y preparar su funeral.

—No se preocupe. Yo me encargaré de todo —manifestó Samir—. Ahora lo importante es que usted descanse.

Cerca del hospital había una parada de autobús. Esperó la llegada de uno, que los dejaba cerca del domicilio del pintor, compró dos billetes, sentó a Fátima en el único asiento que que-



daba libre y él se situó próximo a ella. Cuando llegaron, le ayudó a bajar, llamó a la puerta y, al salir la sirvienta, le dijo:

—¡Ayude a la señora! Se encuentra muy cansada. Yo regreso para tramitar el traslado del señor.

La criada perpleja preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—¡El señor ha muerto! —contestó, con voz apagada, Fátima.

Samir se encontró con sus amigos, que todavía permanecían cerca del hospital, se acercaron a él y le preguntaron por la señora, él contestó que la dejó en su casa, y que había vuelto para recoger el cuerpo de Alí.

—¿Ha fallecido? —preguntó Mohamed.

—¡Sí! —contestó Samir, reflejando la tristeza en su rostro.

—¡Cuenta con nosotros para lo que haga falta! —le dijeron los muchachos, a lo que respondió el niño:

—¡Gracias! Es posible que os necesite.

Fue al puesto de admisión y dio los datos del pintor que le había proporcionado Fátima. En un primer momento se negaron, argumentando que legalmente a un niño no podían entregarle un cadáver. Él insistió, apoyado por el resto de sus compañeros que irrumpieron en la sala ocupándola por completo. Como en aquellos momentos el personal sanitario no disponía de tiempo para discutir con un grupo de chicos, accedieron a la petición. Para ello, tuvo que dejar su huella dactilar en un documento. Le pidieron que acercara un vehículo a la puerta de urgencias para que un camillero lo introdujera en él y así poder llevarse. Samir salió con el papel que le permitía recoger el cuerpo de Alí, pero no disponía de ningún medio para el traslado.

—¿Cómo me lo voy a llevar? —les decía a sus amigos.

Mohamed, que aunque se pasaba la vida en la calle, no era un niño abandonado, dijo:

—Mi primo tiene un motocarro con el que traslada a los turistas.

—¿Y tú crees que nos lo dejaría? ¡Posiblemente se lo manchamos de sangre!

—No, si los cubrimos con un plástico.

Los niños fueron a hablar con el primo de Mohamed. Tardaron en convencerle para que les dejara el vehículo pero al final lo consiguieron, no sin haber llegado a un acuerdo moneta-

rio. Afortunadamente, el mayor de los muchachos sabía conducir. Lo llevaron a la puerta y Samir entró a urgencias para pedir a algún camillero que trasladara el cadáver de Alí a la entrada. Le dijeron que no disponían ni de camilla ni de tiempo, y si quería el cuerpo, tendría que cogerlo él mismo. Llamó a sus compañeros y entre todos, sujetando por los extremos la sabana que lo cubría, lo llevaron al motocarro. Protegieron el suelo con unos plásticos, pero al subirlo se dieron cuenta de que no había espacio suficiente para transportarlo tendido y tuvieron que sentarlo. Así, entre Samir y otro niño pudieron llevárselo a su casa.

Cuando llegaron, lo bajaron entre todos. Al ver el cadáver de su esposo, la señora comenzó a gritar. Se golpeaba la cabeza con las manos y emitía unos gritos muy agudos generados por la lengua y el paladar.

—¡Hay que llamar a un médico! —dijo Mohamed, para que le pinche algún calmante y pueda descansar.

En ese instante recordaron que Ramsés vivía cerca y tenía conocimientos de medicina. Fueron a buscarle. Les preparó una infusión, que logró calmarla y descansar por unas horas. La criada arregló una habitación y cubrió con telas negras unas tablas en las que colocó el cadáver de su señor al que previamente le había limpiado los restos de sangre. En el hospital le suturaron las heridas, mejorando el aspecto del difunto. Después, les dijo a los niños que avisaran a los vecinos, amigos y familiares que vivían más cerca para el velatorio.